

EL JUICIO DE UNA JOVEN

Tres peregrinos llegaron a una ciudad extranjera tras muchos días de camino y se dirigieron a una casa de baños para asearse. Allí encontraron a una anciana, que les preparó una sala de baño y les facilitó los útiles necesarios para el aseo. Ellos le entregaron un baúl donde llevaban su equipaje y su dinero y le advirtieron:

-Cuida bien este baúl, buena mujer, que es todo lo que tenemos. No se lo des a nadie. Solo deberás entregarlo cuando los tres juntos te lo pidamos.

Los tres se fueron a la sala de baño y colocaron en una repisa aquellos útiles que les dio la anciana: jabón, esponjas, toallas, perfumes de aroma suave... Pero uno de ellos escondió el peine:

-Falta el peine –dijo-. Iré a pedirle uno a la anciana.

Y el hombre fue a buscarla:

-Mis amigos me han encargado que te pida el baúl.

A lo que la anciana respondió con una leve sorpresa:

-No os lo puedo dar si no estáis los tres juntos.

El hombre regresó junto a sus amigos y les dijo:

-La anciana quiere que salgáis vosotros a pedirle el peine. Decidle que no podéis salir y que me lo dé a mí.

Y los otros dos peregrinos gritaron:

-Buena mujer, dáselo a él, que no podemos salir.

Más convencida, la anciana le entregó el baúl y el peregrino se marchó, abandonando a sus compañeros de viaje. Cuando los otros dos peregrinos salieron del baño, reclamaron a la anciana su baúl.

-Se lo he dado a vuestro compañero.

-Pero ¿acaso no te dijimos que no lo entregaras hasta que te lo pidiéramos los tres juntos?

-Y así lo hice –respondió la anciana-. Vosotros me dijisteis que se lo diera.

-¡Vieja estúpida! –exclamaron coléricos-. Solo decíamos que le dieras el peine.

Y muy enfadados llevaron a la mujer a juicio. El juez, tras un rato de reflexión, dictaminó que la anciana debía devolver el baúl con todas sus pertenencias a los peregrinos. Ella contuvo las lágrimas hasta llegar a la calle, donde rompió a llorar.

Una joven que pasaba por allí se detuvo al ver a la anciana tan triste:

-¿Por qué lloras? –le preguntó, compasiva.

Y la anciana le contó la causa de su pena.

-Vuelve a la sala –le recomendó la joven- y háblale así al juez: “Señor, cuando ellos me confiaron su baúl me insistieron en que solo se lo entregara cuando los tres juntos me lo pidieran. Busquen ellos a su compañero y vengan los tres a reclamar el baúl. Entonces se lo daré”.

Así lo hizo la anciana. El juez se volvió hacia los peregrinos y les preguntó:

-¿Realmente es tal como lo cuenta?

Ellos movieron la cabeza afirmativamente. Entonces el juez meditó durante un rato y dijo:

-Justo es lo que dices, buena mujer –tuvo que reconocerle a la anciana.

Y dirigiéndose de nuevo a los peregrinos continuó:

-Mi sentencia será breve: buscad a vuestro compañero, volved con él y ella os dará el baúl.

La anciana quedó muy agradecida a la joven de buen juicio y mantuvo la relación con ella. Con el tiempo, la joven se convirtió en la administradora de justicia de la ciudad.